

CHARLOT

SEMANARIO

Año II.-Núm. 83

Director y Propietario M. NAVARRETE

Barcelona 22 de Septiembre de 1917

FESTIVO

10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA

Aquí lector, como vés,
Charlot el ingenio aguza,
pues estriba su interés
en pescar una merluza
mientras se lava los pies.



LAS PRIMERAS PESETAS DE CHARLOT

(CUENTO)

¡Día señalado! Charlot cumplía catorce años, y por tan fausto acontecimiento se sentía el chico rebosante de satisfacción, que procuraba exteriorizar con cierto pavoneo, afectando una ridícula seriedad que estaba muy lejos de sentir.

—Vamos Carlitos,—le dijo su padre.— Hoy cumplies catorce años. Hora es ya de que dejes los juegos infantiles y dediques tus pensamientos con voluntad decidida hacia el estudio y el trabajo, para que en el día de mañana llegues a ser un hombre de provecho.

—Tóma y diviértete.

Y al mismo tiempo que estampaba un sonoro y cariñoso beso en su mejilla, le hizo entrega de una moneda de dos pesetas.

Charlot, al ver en sus manos la reluciente moneda, creyó volverse loco de contento, pues nunca se había visto tanto dinero junto.

¿Qué haré?— se preguntaba.— Me iré de paseo, luciré mi flamante vestido, y después pasaré un rato en el teatro o en un cine. Quiero divertirme. Estoy decidido.

Y colocándose el bombín y dando vueltas al junquillo con su diestra, salió a la calle lleno de regocijo.

La emoción y el paseo produjeron a Charlot una sed abrasadora; y queriendo suavizar su garganta con algún refresco, se metió en un café que había a pocos pasos de allí.

No hizo más que entrar cuando se le acercó una muchacha, que con una sonrisa en los pintados labios, le preguntó:

—Qué va V. a tomar, pollito?

—No lo sé; lo que mejor sea.

Las otras camareras que servían en el café, se miraron maliciosamente y la que estaba junto a él le respondió:

—Hay muchas bebidas que son buenas. Eso depende de lo que V. quiera gastar.

—No importa el precio; tengo mucho dinero. Traígame una botella llena de lo que usted quiera.

Y para demostrar que lo del precio no le preocupaba, echó con aire de rumboso, las dos pesetas sobre el marmol del velador.

Quedósele mirando la camarera, y después de soltar una estrepitosa carcajada, dijo:

—Con eso no tiene usted ni para empezar. La botella más barata vale 15 pesetas.

No esperaba Charlot tan gran desilusión, y comprendiendo el ridículo que le había ocasionado su ligereza, volvió a recoger la moneda, y confuso y atollado salió precipitadamente del establecimiento, topando con las sillas y mesas que encontraba en el camino.

Al verse en la calle, lo primero que se le ocurrió fué alejarse de aquel sitio que tan poco halagüeño le había sido, y dirigiéndose hacia un tranvía que a la sazón pasaba, le hizo señas para montar en él.

Paró el tranvía, pero en el momento de subir al estribo, fueron tantas las apreturas de los que querían montar también, que Charlot, creyendo asirse al pasamanos del tranvía, se agarró al asa de la cesta de una cocinera que volvía de la compra. Esta gritaba desafortadamente para que Charlot la soltara, pero él, que a causa de la aglomeración no había podido poner el pie en firme, seguía afianzando su equilibrio en la improvisada percha.

En esto arrancó el tranvía y una gritería infernal estalló de entre los pasajeros. La cesta había cedido a la tirantez que sufría y Charlot se vió en el vacío arrastrando consigo a la cesta, que a su vez hizo seguir a la cocinera, yendo todo hecho un montón, a parar al suelo.

Pronto acudió la gente para levantarlos, pues Charlot, que había caído debajo, estaba medio ahogado porque un tomate le había llenado la boca y sostenía encima el peso de la cocinera, que no cesaba de gritar mientras le llenaba el cuerpo de puñetazos.

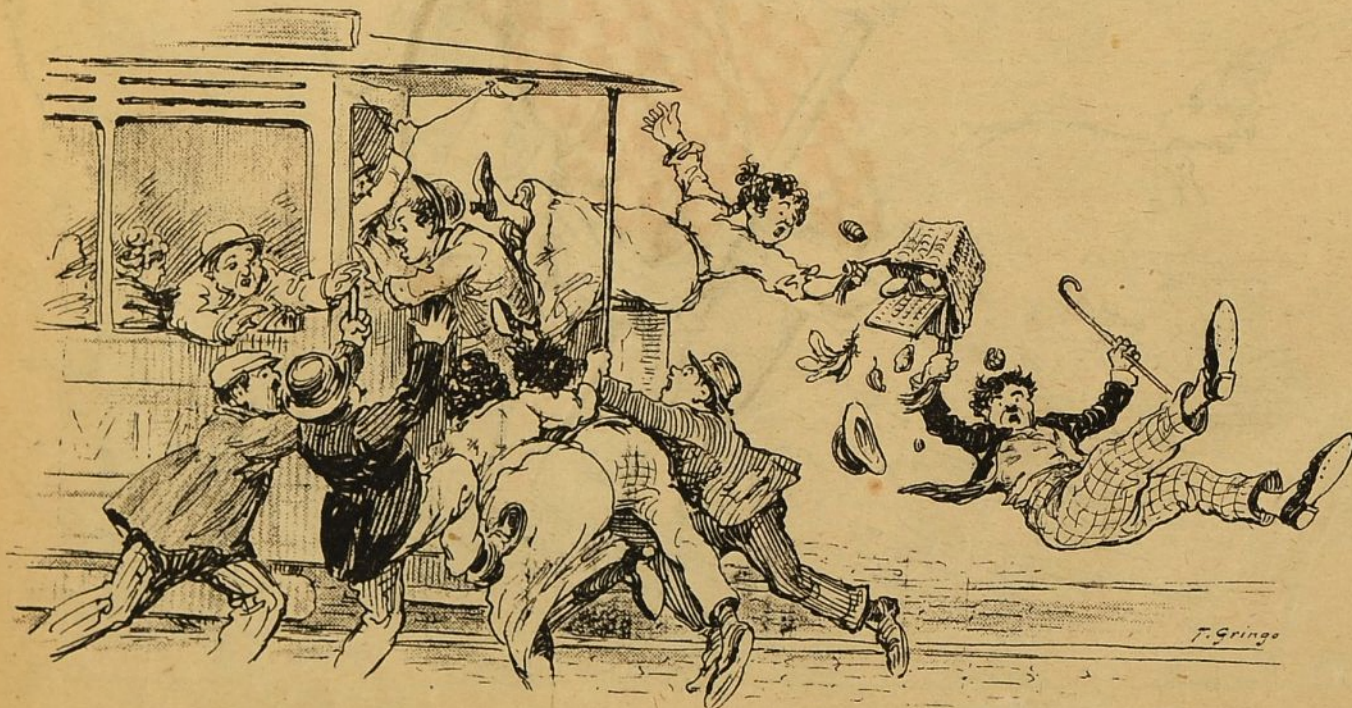
Por fin, la presencia de una pareja de policía restableció la calma, y al ver a Charlot en tan lastimoso estado, le preguntaron:

—¿Qué edad tiene V., mocito?

—Catorce años cumplo hoy—respondió compungido.—Pero yo les suplico a ustedes que me lleven pronto a mi casa, porque no me sostengo.

—Aquí tienen ustedes dinero; tomen un coche. Y les entregó las dos pesetas.

A. S.





ter Fogg; pero no por esto estaba menos decidido a cumplir con su deber y era el más impaciente para volver a Inglaterra.

A las ocho estaba el trineo dispuesto para la marcha. Los viajeros—casi pudiera llamárseles pasajeros, en atención al aspecto marítimo del vehículo,—se colocaban cubriéndose con sus mantas de viaje.

Habíanse izado las dos inmensas velas, que impulsadas por el viento, hicieron correr al vehículo con una velocidad de cuarenta millas por hora.

La distancia que separa el fuerte Kearney de Omaha es en línea recta, o a vuelo de abeja, como dicen los americanos, de unas doscientas millas; por lo tanto, si el viento continuaba y no ocurría ningún incidente, el trineo debía llegar a la una de la tarde.

¡Qué viaje! Los viajeros, estrechados unos contra otros, no podían hablar, porque el frío, aumentando por aquella rapidez, les cortaba la palabra.

El trineo se deslizaba por la superficie de la llanura como una embarcación por la superficie de las aguas, con la diferencia de que faltaba el oleaje.

Cuando el viento llegaba rasando la tierra, parecía que el trineo se levantase del suelo por la fuerza de sus velas especie de alas de gran extensión. Mudge, en el timón, dirigía la marcha en línea recta, y viraba ligeramente cuando el aparato tendía a separarse de ella.

Todo el velamen recogía el viento: el foque estaba lo suficientemente deviado para que no lo cubriese la cangreja.

Plantóse, además, mastelero de gavia, y se colocó en él un cuchillo que añadió su fuerza de impulsión a la de las otras dos velas.

No era posible calcular matemáticamente la velocidad del aparato, pero es seguro que no bajaba de cuarenta millas.

—Si no se rompe algo—dijo Mudge,—llegaremos.

Y Mudge, tenía interés en llegar en el plazo convenido, porque mister Fogg, fiel a su sistema, le había estimulado con la promesa de una buena gratificación.

La llanura que el trineo cortaba en línea recta era tan tersa, como la superficie del mar: parecía un inmenso lago helado. El ferrocarril, que pasaba por aquella parte del territorio, subía del SO. al NO. por Grand-Island, Columbus, población importante del Nebraska, Schuler; Fermont hasta Omaha.

En todo ese trayecto sigue la orilla derecha del Platter-river.

El trineo, acortando el camino, seguía la cuerda del arco descrito por la línea férrea, y Mudge no temía ser

detenido por el Platter-river en el recodo que forma delante de Fremont, porque estaba helado.

El camino, pues, estaba libre de toda clase de obstáculos, y mister Fogg, no podía temer más que dos contratiempos:

Una avería en el aparato o que cesara o cambiara el viento.

Pero la brisa no se amainaba: antes, por el contrario, sopaba con tanta fuerza que inclinaba el mástil, sólidamente sujeto por los obenques de hierro.

Aquellos hilos metálicos, parecidos a las cuerdas de instrumentos, resonaban como si un arco excitara sus vibraciones.

El trineo corría en medio de una armonía plañidera de particular intensidad.

Estas cuerdas dan la quinta y la octava—dijo mister Fogg.

Estas fueron las únicas palabras que pronunció durante la travesía.

Mistres Auda, cuidadosamente abrigada con las pieles y mantas de viaje, iba preservada cuanto era posible en aquellas circunstancias de los rigores del frío.

Picaporte, con la cara encendida como el disco solar cuando se pone entre las brumas, aspiraba aquel aire penetrante, y poseído de su imperturbable confianza, esperaba tranquilamente; todo se reducía para él a que en vez de llegar a New-York, por la mañana, se llegaría por la tarde, y aún había probabilidades de que hubiera tiempo de que esto sucediera antes de la salida del paquebot de Liverpool.

Consideraba que era el mismo inspector de policía quien había facilitado aquel medio de locomoción, con el que se podía llegar a Omaha en tiempo hábil, y esto le hacía sentir deseos de estrechar la mano de Fix; pero por un indefinido presentimiento se mantenía en su acostumbrada reserva.

Una cosa había que Picaporte no olvidaría jamás; era el sacrificio que Mr. Fogg había hecho, sin vacilar, por arrancarle de las manos de los siux, arriesgando su fortuna y su vida... ¡No! ¡Eso no lo olvidaría nunca su servidor!

Mientras que cada uno de los viajeros se entregaba a sus propias reflexiones, el trineo volaba sobre aquella nevada alfombra, sin apercibirse siquiera si cruzaba algunos riachuelos afluentes o subafuentes del Little-Blue-river; los campos y los ríos desaparecían bajo una blancura uniforme:

La llanura que estaba completamente desierta, com-

(Continuara)

Asunto de novelón

Historia muy lúgubre. (Si no es igual se le parece).

Helios ocultaba su rubicunda faz, tras las montañas lejanas, horrorizado del terrible drama que se desarrollaba en un bosquecillo de chopos.

Las hojas de los árboles no estaban verdes; no pían los jilgueros trovas de amor; el río no murmuraba de nadie.....

En una casita de triste apariencia, blanca como una nevera, cercada por un seto vivo, vive un anciano muy viejo, su luenga barba blanca llegaba hasta el suelo, sirviéndole para barrer y para manta, cuando el viento sopla fuera con ruidos de tordos o graznidos de cornejas azules.

Los ojos del anciano están siempre en el mismo sitio, o sea bajo su frente pensativa como la de un pensador; tiene nariz y boca, ambas bermejas como una amapola, la nariz es roja por el abuso del alcohol, la boca por el abuso del tabaco.

Su cabeza monda de pelo como una bola de *barandao*, brilla como los ojos de un encolerizado; su cuerpo, famélico como un esqueleto, parece un junco vestido de hombre europeo.

Gasta alpargatas blancas y pisa un poquito garroso.

Ahora está sentado en una silla de paja gruesa, frente al fuego que quema si se pone el dedo; el anciano no se quema porque está retirado un metro y cinco milímetros del fuego.

Esta fogata no es alegre como otras muchas, ésta es colorada, ésta no chisporrotea, está bien encendida.

El anciano lee un libro de Lombroso, y cosa rara, el anciano no se duerme.

Un libro de Lombroso es una especie de magnetizador capaz de dormir al más despierto y desvelado.

Las sombras de la noche reinan en el ambiente y el drama espeluznante, el drama macabro, el espantoso drama se aproxima a pasos de gigante.

Un cuervo negro revolotea alrededor de la chimenea. Una chimenea es un tubo por donde sale humo si se hace fuego en el interior de la casa; si no se hace fuego no fuma.

La luna alumbra peor que un candil el fantástico paisaje.

Una araña teje su tela, y en una fábrica lejana también tejen telas.

Al otro lado del estanque unos chicos juegan a cazar leones, elefantes, panteras, leopardos y hormigas de ala.

En el estanque mismo, un pescador pesca sin cebo y sin caña.

De muy lejos, llegan tardíos los acordes de un vals de Beethoven, que una dama histérica toca para olvidar sus amores desgraciados que la han dejado sola y abandonada como una almeja.

El anciano al fin se duerme; claro, y el tomo adormidera cayó al suelo que es donde cae todo lo que se tira.

Una cucaracha huye asustada y se refugia en un tintero seco.

La puerta se abre por el mismo sitio de siempre, y aparece un hombre con la cabeza encima de los hombros como todos los mortales que no estén guillotinos.

Entra en la estancia, y andando cautelosamente con los pies, llega hasta donde el viejo anciano duerme con los ojos cerrados.

El hombre misterioso saca un sable de caballería que llevaba oculto en el bolsillo y lo afila en una piedra.

A lo lejos se oyen los gritos destemplados de dos jovenzuelos que juegan a la taba encima de un ladrillo amarillo.

El anciano se despierta un momento, y el tío del sable le pone en las narices el libro adormidera.

El viejo cae otra vez en los brazos de Morfeo, y el hombre misterioso canta «Canción de Cuna» mientras afila el tajante sable.

Una luz blanca asusta al hombre del sable, pero pronto sonríe mefistofélicamente al comprender que aquella luz provenía del sable.

Una ráfaga de aire resfría al dueño del sablequinqué y estornuda estrepitosamente, y la cucaracha teme no estar segura en su escondrijo.

El sér misterioso, no encontrando moquero para aplicarlo a sus narices, se limpia con la luenga barba blanca del anciano, que no protesta.

De súbito, el aleteo de una mosca despierta al anciano que se incorpora asustado.

Al ver a un hombre sable en mano pregunta:

—¿Quién eres?

—Soy José Tulipa, agente de la funeraria «El Asesinado».

—¿Qué quieres de mí?

—Matarte.

—A mí? yo que soy un pobre árbol tronchado en el bosque de la vida.

—Basta de súplicas; cumplo con mi deber de hacer clientela a la funeraria.

—Valiente oficio.

—El que me da la frugal pitanza de cada día.

—¿No te remuerde la conciencia?

—No.

—¿No te pesa algo?

—No; digo, sí, esto me pesa mucho. Y el tío de la funeraria se quitó el pesado sombrero de uniforme.

El anciano sacó un revólver roñoso y apuntó al asesino.

—Y ahora ¿qué dices?

—Pues, no digo nada.

—Eres un cobarde.

—Ya lo sé, pobre anciano, ¿no comprendes que tengo doce hijos y yo me gano la vida así?

—Doce hijos, mi suegro y mi tía, el hijo de un naufrago, el vecino de enfrente que me da lástima, tiene siete hijas gemelas y a todas las mantengo y yo que cómo por diez, todo por nueve reales que gano.

Y ahora V. se niega a que lo mate, ¡ingrato, más que ingrato! V. no tiene corazón, V. tiene un tarugo en vez de corazón... ¡ay... ay... ay!

El anciano compadecido empezó a hacer pucheritos, y no pudiendo resistir más, exclamó: ¡Mátame!

El funerario, de un tajo segó la cabeza del anciano y suspendiéndola entre las manos besó su fría frente.

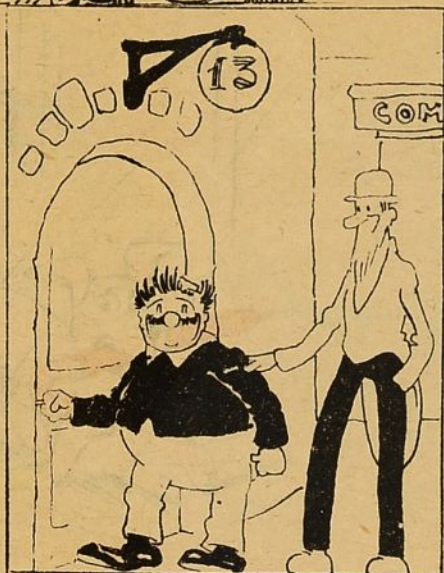
Muy lejos, un perro finalizaba esta historia lanzando al aire sus lastimeros aullidos.

Pedro Sánchez Bosqued



CABEZAHUECA & PORRITAS

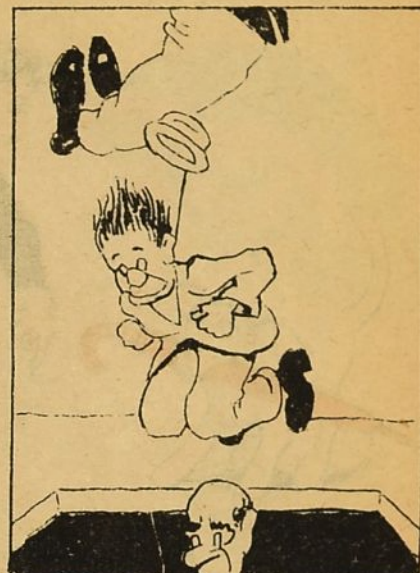
LOS MISTERIOS SUBTERRÁNEOS



Después de trece horas de recorrer alcantarillas y corredores subterráneos, llegaron Cabezahueca y Porritas a su guarida, muy satisfechos de haber despistado a sus perseguidores.



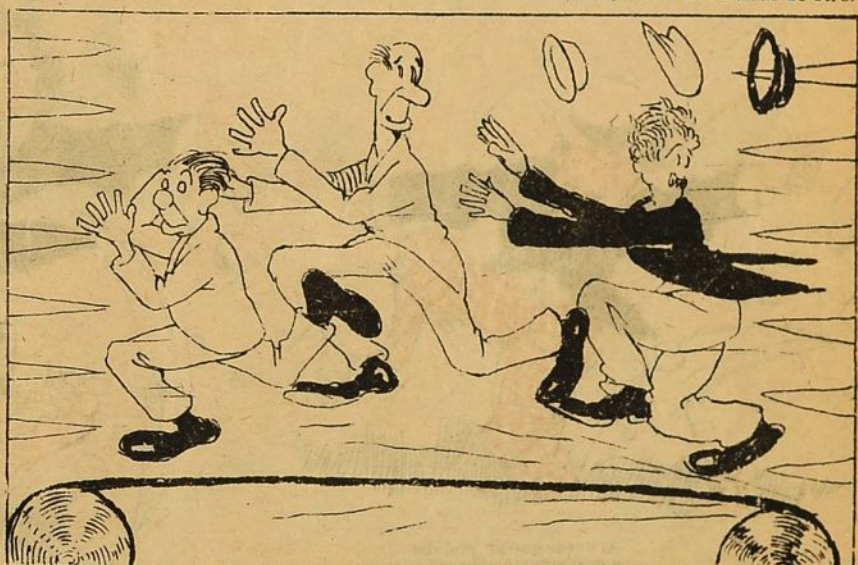
Y cuando más distraídos estaban jugando al tute, oyeron un misterioso ruido, viendo con estupefacción que por el techo asomaba la punta de un taladro.



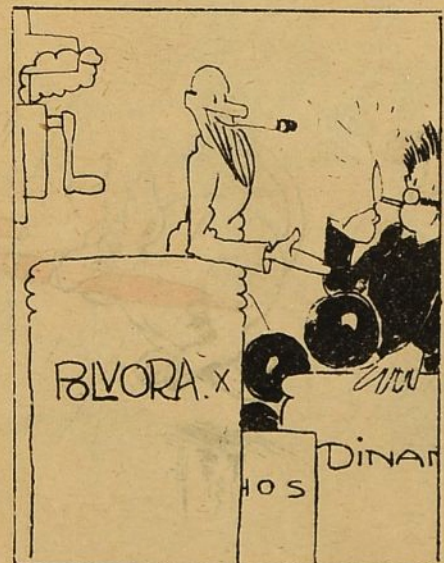
Nuestros detectives habían conseguido penetrar en la guarida de los malhechores, pero estos, al verse descubiertos, los recibieron abriéndoles la boca de una trampa, donde se fueron precipitando uno detrás de otro.



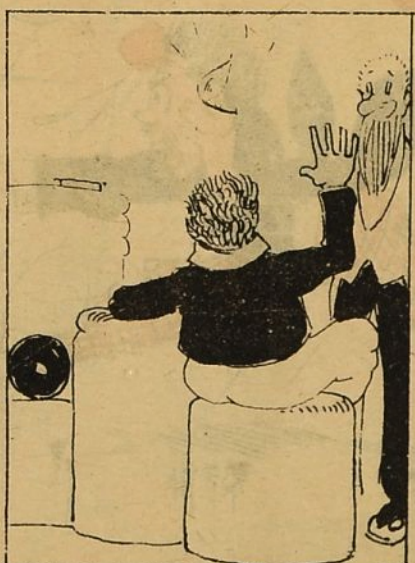
De pronto, Cocoliche abrió los ojos y procurando infundir valor a sus compañeros, les dijo: —Animo, muchachos, es preciso salir de aquí a toda costa; busquemos la salida.



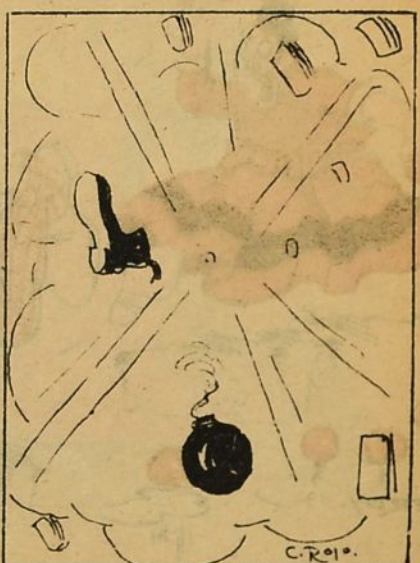
Apenas se pusieron en pie, notaron que el suelo se movía como un furioso volantín, y tuvieron que hacer prodigiosos equilibrios para no clavarse unas aceradas puntas que salían de improviso en la pared.



—He dado toda la marcha—decía Cabezahueca— pronto se cansarán de correr y los encontraremos clavados a la pared como simples mariposas.



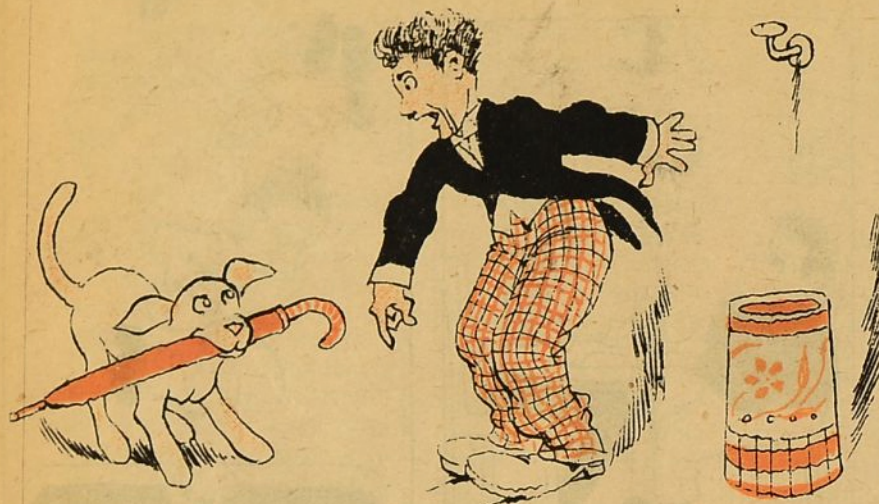
—Pues así,—respondió Porritas— no les queda más tiempo de vida que lo que dure este cigarro que me estoy fumando. Y al decir esto tiró el fósforo sin mirar siquiera a donde.



¡Nunca lo hubiera hecho! Un barril de pólvora que tenían destapado, recibió el contacto del misto, y una formidable explosión se produjo en el momento.

(Continuará)

Porque a Leal le ha ordenado, que a nadie le dé el paraguas
esto a Charlot le ha pasado



—Saldré un poco a pasear,
y por si acaso cae agua
llevame tú este paraguas
sin dejártelo quitar.



Después que esto advirtió
salió con su fiel leal,
mas, de pronto comenzó
una lluvia torrencial.



Charlot se empezó a mojar
y el paraguas fue a coger,
pero el perro echó a correr
por no quererlo entregar.

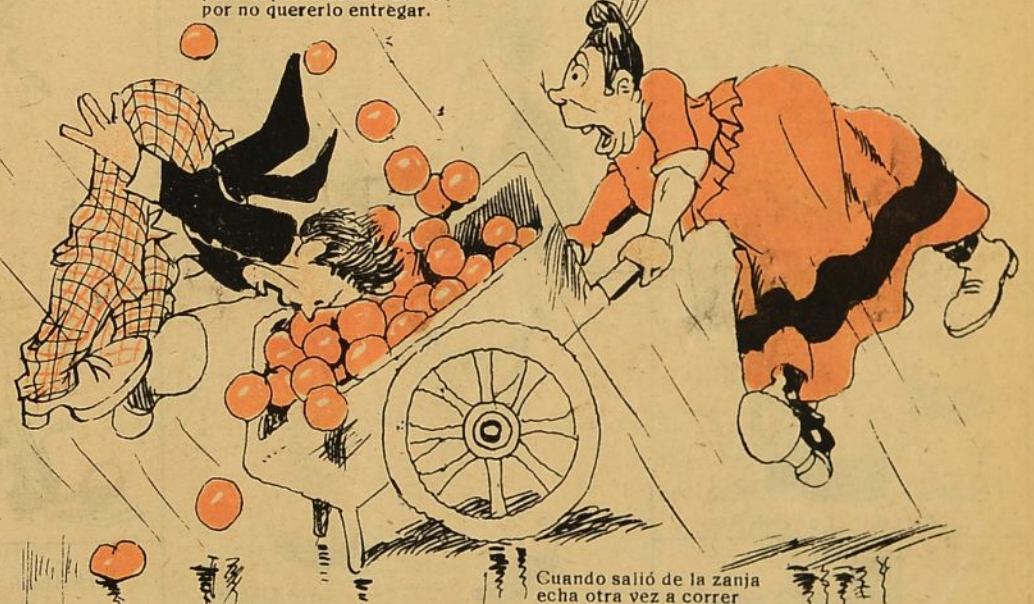


Al verse que se mojaba
a perseguirlo empezó
y como veloz marchaba
en una zanja cayó.

Pero tuvo la gran suerte
de que un hombre recibió
su cuerpo, porque sino
hallaría allí mismo la muerte.



Y al verse el trabajador
por blando colchón tomado
dió un empujón a Charlot
y salió este disparado.



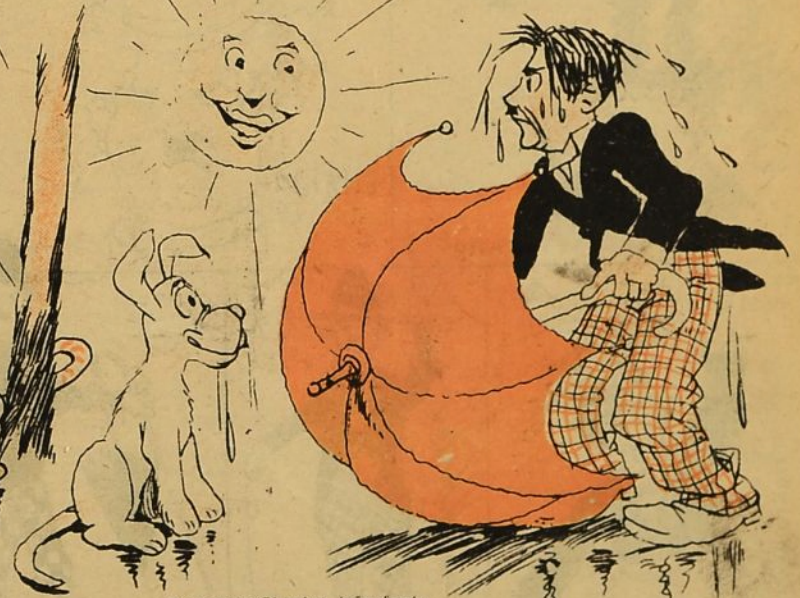
Cuando salió de la zanja
echa otra vez a correr
y atropella a una mujer
que iba vendiendo naranjas.



La mujer, dando mil gritos,
detrás de Charlot corrió,
y éste, furioso siguió
persiguiendo a su perrito.



—¡Ah, bribón, ya te he pillado;
todo me lo has de pagar!...
—¡Pues no me habías mandado
a nadie el paraguas dar!



Y cuando Charlot, triunfante,
iba el paraguas a abrir
cesó la lluvia y, brillante,
empezó el sol a salir!

MORALEJA
Si quieres esto evitar
no le entregues nada a nadie
pudiéndolo tu guardar.

Solución al concurso del mes de septiembre

Las 45 cabezas y 94 patas que contenía la jaula, correspondían a

2 conejos y 43 gallinas

En el número próximo se publicarán los nombres de los agraciados

EXPOSICIÓN DE LOS DIBUJOS

enviados por nuestros queridos lectorcitos y que este Semanario se complace en ir publicando para estímulo de tan entusiastas colaboradores (Continuará)



Colmos y



Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

En el café	por	J. Solá
Un vendedor	por	M. C. S.
En el restaurant	por	J. Blanc

monadas



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribase Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

COLMOS

El colmo de un capitán:
Mandar a los quintos infiernos.

Terrope G.

¿Cuál es el colmo de un geómetra?
Trazar una circunferencia con un compás de espera.

L. A. J.

El colmo de la fuerza:
Levantar el peso de la conciencia.

Joaquín Rovira

EXÁMEN DE GEOGRAFÍA

—¿Cuántas son las islas Canarias?
—Siete.
—¿Hay algunas más?
—Sí, pero no se ven porque las tapa el agua.

El K. Bolo Pez

ENTRE VECINAS

—¿Qué frío que ha hecho esta noche!
—A las dos, el termómetro marcaba dos grados bajo cero.
—¿A la sombra?
—No, a la luz eléctrica.

Carmencita

EL TERMÓMETRO

Dice una señora a la nodriza que va a dar al niño el primer baño.
—Lleve usted el termómetro.
—¿Para qué?
—Para saber si el agua está fría o caliente. La nodriza, que es muy bruta, responde:
—No es necesario. Si el niño se pone encarnado, es que está caliente, y si se pone azul, fría.

Evaristo Huerta

EN EL TREN

Varios viajeros discutían de política, alabando unos al partido liberal, otros al carlista, otros al republicano, etc.
Uno de ellos, preguntó al fin a un payés que sin decir palabra los contemplaba con la boca abierta:

—¿A qué partido pertenecéis?
A lo que contestó el payés ingenuamente:
—Al de Vich, para servirlos.

Antonio Temprano

UN CARÁCTER

Un avaro millonario pasea con un pariente pobre.
Al pasar junto a una anciana mendiga, dice el pariente pobre:
—¿Qué, apostamos a que no eres capaz de darle una limosna a esa desgraciada?
—¿Queno? ¿Te apuestas cinco duros a que le doy diez céntimos?

José Luis Hurtado

SIN TÍTULO

—¿Has visto que desgracia ha tenido Pérez? Le han robado cinco mil pesetas; está loco de furor. ¡Buen golpe han dado los ladrones!
—Pues chico, no es para desesperarse por ese golpe, porque a mí me dieron uno en la cabeza que me tuvo un mes en cama.

Enrique P. Espin

DOS MELÓMANOS

—¡Hola, Atilino! Cuanto tiempo sin verte! Canvídico te hallo. ¿Qué haces?
—Pus, me hi metido a músico.
—¿Que casualidad! yo también.
—Sí; siempre hemos tuvido afición!...
—¿Y qué tocas tú?
—La campana e la estación pa dar la señal a los viajeros; y tú?
—El organillo.

Tomás Abad

EN CONFIANZA

Doña Remedios vé con horror llegar a unos parientes de Soria cargados de baúles, maletas, cestos y sombrereras, que vienen a pasar una temporada.
Sale a la puerta a recibirlos y les dice con la mayor amabilidad:
—No podéis figuraros lo que os agradezco que vengáis a pasar la tarde conmigo.

Francisco Jarelló

EN UNA FOTOGRAFÍA

—Suplico a V. que adopte una postura elegante.
—¡Una... dos... tres! Muchas gracias; puede recobrar su posición habitual.

C. Sauret

CHISTE

Ir por lana.
—Niño, ¿de quién son esos cerdos?
—De la cerda, señor.
—¡Hombre, eso ya lo sé. ¿De quién es la cerda?
—De mi padre.
—Y tu padre, ¿quién es?
—Aunque se lo diga no lo conoce.
—¿Que no voy a conocer, si yo conozco a medio mundo!
—Pues mi padre es del otro medio, así que usted no lo conoce.

Manuel Roel

SIN TÍTULO

Quando en Cádiz se dió el bando de echar los burros al mar, dijo Pepa a su marido:
«¡Perico, aprende a nadar!».

J. Romero

COSAS DE CASA

La criada.—Señorita, ¿cuántos garbanzos echo al puchero, 6 o 7?
La señorita.—Echa 7, mujer, que mañana es el santo del señorito; aunque reventemos.

Francisco Mayorga

SIN TÍTULO

—¿En qué se diferencia una casa de Banca de un cubierto?
—En que en la casa de Banca hay tenedor de libros y en el cubierto hay tenedor de metal.

M. Casasempere

NI POR ESAS

—Bueno; nos ha citado usted ya el cachalote y el tiburón, pero se le ha olvidado a usted precisamente un mamífero aún más im-

portante y cuyo nombre es muy conocido. ¿No recuerda usted cuál es la... la...
—La... la...
—Vamos, fíjese usted bien; ¿qué es lo que lleva su mamá en el corsé?
—Mucho algodón...

Manuel Blanco

DICHO Y HECHO

Un célebre pintor estaba retratando a una señorita muy presumida, que no cesaba de hacer visage para figurar la boca pequeña. Cansado el artista, le dijo con mucha calma:
—No se canse usted, señorita; si usted quiere la pintaré sin boca.

C. Montalvo

EN UN RESTAURANT

—Flojillo es este vino.
—¡Flojo y cuenta ocho años!
—Ocho años? Entonces han aguardado ustedes a que fuera demasiado crecido para bautizarle.

Antonio Herbón

SOÑAR DESPIERTO

Dos novios se encuentran en la calle y la novia dice:
—Esta noche he soñado contigo.
—¿De veras?
—Te he visto en el camino de la ermita.
—Pues chica, dispensa que no te haya saludado.

Fatty

AMOR...

—¿Sabes que Luisa, se casa con el viejo de los tres millones?
—¿Ah, sí? Creo que es por amor!
—Sí; por amor... a los tres millones.

C. Aguilló

EFFECTOS DE ALCOHOL

Un borracho, da tan terrible batacazo en un montón de piedras, que no puede levantarse.
—¿Quién es usted?—dice un guardia, acercándose a socorrerlo.
—Creo que soy un telescopio,—responde —porque estoy viendo las estrellas.

Ignacio Ochoa

CHISTE

—¡Camarero! Ponga cuidado; se me ha caído la chuleta y puede cogerla algún perro.
—Pierda cuidado el señorito; tengo puesto el pie encima.

Dionisio Barredo

CUENTO BATURRO

Montó un aragonés en un tranvía de los que van a la Fuentecilla, pasando por el mercado de la cebada; al llegar aquí el tranvía hace parada, en la cual, gritó el conductor: «Cebada», a lo que dijo el baturro:
—Pues aquí me abajo que voy a comer.

Un madrileño

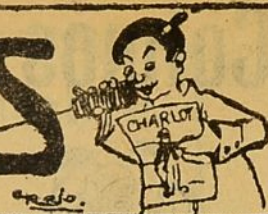
EN LA MILICIA

—¿El señor capitán vive aún en el tercero?
—No, señor; en el segundo; como le han ascendido.

Pedro Uibeda



PASATIEMPOS



Soluciones al núm. 82

JEROGLÍFICO

IDA

J. Martín

Tarjeta.—Miguel de Cervantes Saavedra.

Jeroglífico.—Encarnación.

Charada.—Moneda.

Charada.—Estoque.

Charada.—Jarabe.

Logogrifo.—Minerva.

Acróstico.— Ebro
Segura
Pisuerga

Guadiana

Miño

Tajo

Rombo.— A

ALA

ALAVA

EVA

A

Fuga de consonantes.

Cásate por interés,
y me lo dirás después.

Fuga de vocales.

En cierto pueblo baturro
estaba el tío Magritas:
un señor muy elegante,
de guantes, capa y levita.

TARJETA

Consolemoslo de ser policía

Con estas letras, formar el título
de una película.

A. Sandoval

TARJETA

Aurelio Vardeq Tamis

Combínense estas letras, hasta formar
el nombre de un cañonero español.

Roma-Nones

CHARADA

Prima repetida, es
lo mismo que *prima* y *tercia*
y que la *tercera* *doble*;
locución con que se expresa
todo pequeñuelo al tiempo
que a silabear empieza.
Primera segunda y luego
tercera, es la misma cuerda
que *tercia segunda prima*;
y el *todo*, con la extrañeza
que *dos tres* es la ciudad,
que expresan *dos* y *primera*
y repitiendo *segunda*
nos sale un chico o chicuela.

J. Iarza

ACRÓSTICO

. . C . . . Utensilio cortante.
. . H . . . Río de Alemania.
. . A . . . Metal precioso.
. . R . . . Depósito para agua.
. . L . . . Nombre de mujer.
. . O . . . Colectividad.
. . T . . . Para los pies.

A. M. P.

FUGA DE VOCALES

. n . st . m . nd . tr . d . r
n . d . s . v . rd . d . n . m . nt . r .
t . d . s . s . gn . l . cl . r
d . l . cr . st . l . cn . q . . s . m . r .

J. V.

FUGA DE CONSONANTES

. e . e . e . e . a . e . e . i . a .
. e . a . o . ue . e . o . e . o .
. e . o . a . e . i . a . i . e .
. a . a . o . a . a . l . ue . o .

La princesita del Dollar

ACERTIJO

Cabra y leña me dió el sér,
y sin ello nada soy.
Sin pies caminando voy.
Sin armas suelo vencer.
Mi amo no es caballero
y se llama como yo.
Y quien éste sér me dió,
hubo de morir primero.

Obedéceme temblando,
que muchos pierden la vida
por no hacer lo que yo mando.
José Otero

ACERTIJO

Negro, y se come,
negro, y se bebe,
todas las mañanas
a eso de las nueve.
J. de Tiedra

CURIOSIDADES

PEQUEÑECES

Aladino, veía realizados todos sus
caprichos con solo restregar una lám-
para.

Por comer una manzana, fueron ex-
pulsados del Paraíso, Adán y Eva.

La batalla de Waterloo, la ganaron
los aliados, por el valor de los hombres
que cerraron las poternas del castillo
Hugomont.

Jesús fué traicionado con un beso.
Por capricho, Nerón prendió fuego
a Roma, y luego culpó a los cristianos.

Alexander Graham Bell, inventó
un juguete, y de él nació la inmensa
red telefónica del mundo.

Sólo un 35 por 100 de los habitantes
del mundo, viven en casas peor o me-
jor construídas; el resto, o sea el 65
por 100 no tienen prácticamente nin-
guna vivienda; de lo que resulta, que
viven en casas 250 millones, y no tienen
habitación de ninguna especie 500 mi-
llones.

Londres se ensancha de año en año
de un modo extraordinario: Por térmi-
no medio, cada año se construyen en
dicha ciudad 11.000 casas, que vienen
a ser 900 casas por mes.

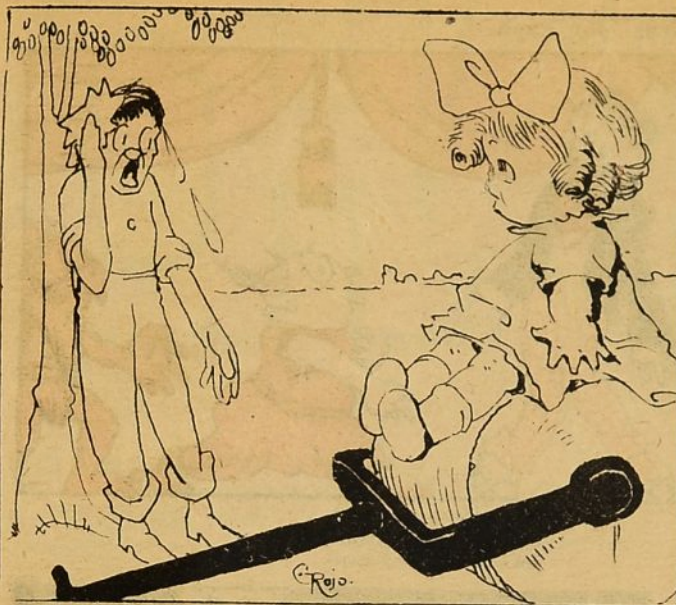
El teatro de Atenas, podía contener
30.000 espectadores. El teatro de Efe-
so, 24.500; y se calcula que el de Arca-
dia, podía contener 44.000 personas.

¿No les parece a ustedes, que esto
pasa de pequeñeces?

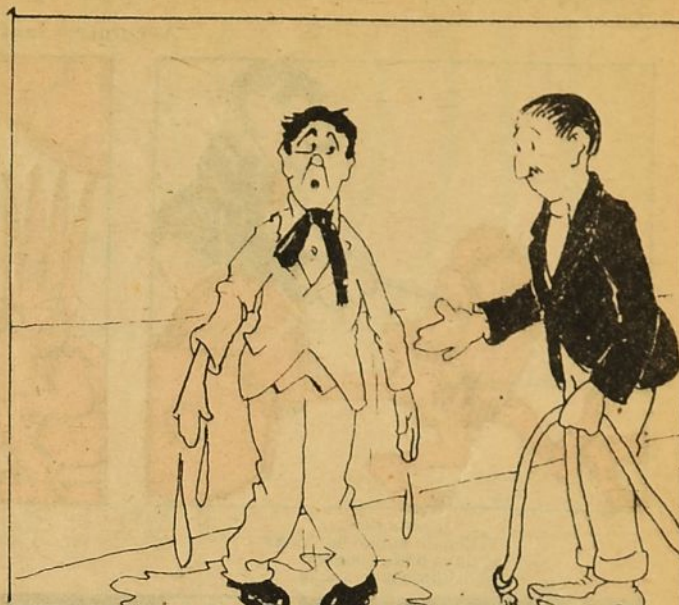
Porthos

Tip. Lit. E. Estadella.—Vallfogona, 24
a 28 :: Barcelona :: Teléfono G. 7488

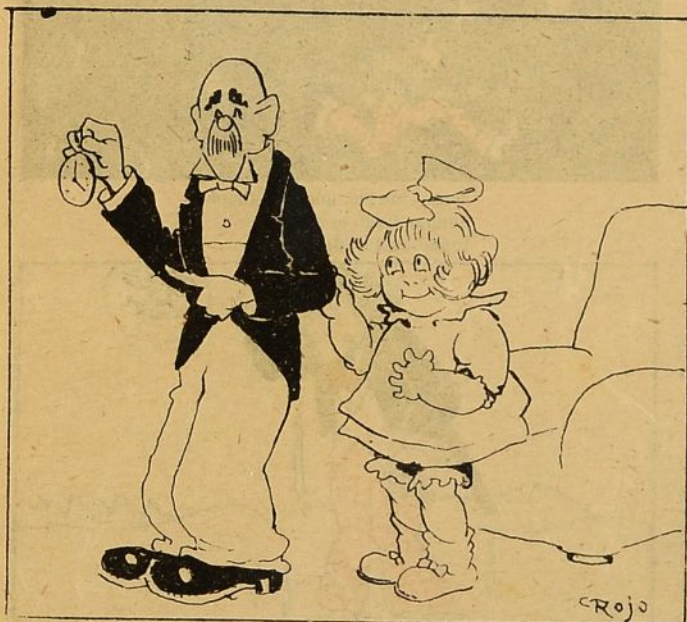
CHISTES



—Papá, porqué no me paseas en esta apisonadora, mientras descansas?



—Cuando me hundía, acudí a mi memoria todo el pasado de mi vida.
—Así, habrás recordado los cinco duros que te presté...



—Se ha parado el reloj. Voy a mandarlo limpiar.
—Si está limpio!... precisamente, esta mañana le he echado agua de jabón por la maquinaria.



—¡Eh! Señor; que se marcha V. sin pagarme!
—Pero, no vé V. que no puedo meter las manos en los bolsillos?

CORRESPONDENCIA

R. Martínez: Se publicará uno; los otros son repetidos. La princesita del Dólar: Los pasatiempos no tienen premio; es imposible contestar a todas las cartas particulares. C. Cave-rol: Se publicarán algunos. A. Bleye: La historieta espera oportunidad para darla al dibujan- te. C. Ruiz: Los dibujos nos ocasionan más trabajo, pero puede enviar lo que guste. R. Díez: Aznar: Lo que envía lo teníamos ya. C. de la Fuente: Se publicará uno, los otros son repetidos. F. Diana: Repetidos. A. Comas: Se publicará uno. J. Casas: Cuando sean más perfeccionados. A. Ruiz: No es género para este periódico. Se advierte a los que envían soluciones en carta cerrada que nos obligan al pago del cartero, las envíen en carta abierta franqueada como impresos, de lo contrario no serán atendidas. Collado: Se publicará D. Diario: Se publicará.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

R. Ortiz, J. García, E. Dols, F. Castaño, A. Yñarritu, A. Villarino, C. Escala, J. Pérez, J. Vidal, R. Díez, E. Brieu, M. Esguís, Falet, S. Noval, M. Latorre, R. Singer, J. Carboneres, J. Casarrubias, E. Ruiz, J. Domínguez, F. Castaños, J. Cecilia, M. Navarro, Pucherito, L. San Millán, P. Rodrí- go, A. Olarte.

"CHARLOT"

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración:
Putchet, 37 - Barcelona

Precio de Suscripción:

Trimestre 1'50 ptas. Extranjero 4 ptas.

Semestre 3' — " — 8 "

Año 6' — " — 15 "

Número corriente: 10 céntimos

Atrasado: 20

Cocoliche y Tragavientos

Graciosos episodios detectivescos. — Precio: 5 céntimos

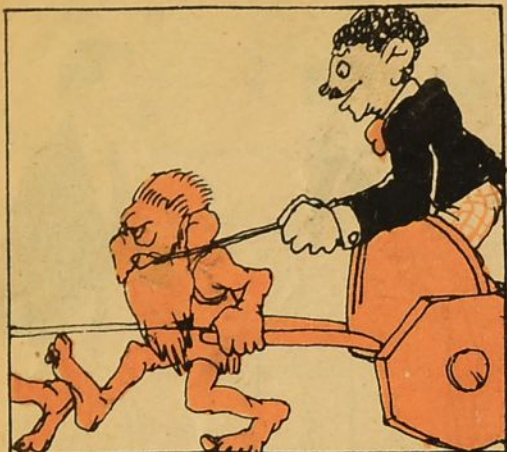
TÍTULOS PUBLICADOS

El millonario James Jamas. — La banda del Dr. Guakson. — La poesía envenena- da. — Zigomar. — La muerte de Nick Winter? — El invento de Cocoliche. — La gran guerra. — El rey de los apaches. — Margot la roja. — Rival de Sherlock Holmes. — Los juramentados de la serpiente roja. — La banda del Lirio negro. — El rey de los de- tectives. — Un crimen en la casa Keystone. — Los Vampiros alicantinos. — La banda del Sifón Rojo. — El club de los suicidas. — La X misteriosa. — Una excursión al in- fierno. — Judex el misterioso. — El submarino n.º 213. — Los apaches de Zaragoza. — La butifarra envenenada. — El falso Cocoliche. — El Satanás Rojo. — El suplicio indio. — Chistes venenosos. — Mis Llanty contra Ultus. — Los hermanos del Martillo.

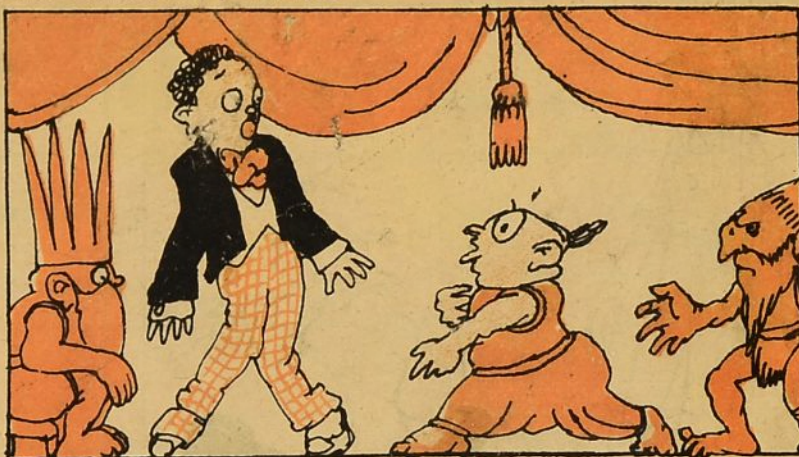
Ayuntamiento de Madrid

Magnífica consecuencia, que le dió a Charlot su herencia

Aventuras fantásticas, por Papin



(Continuación)
Tomando abono de coche
se daba pisto Charlot
ya de día, ya de noche.



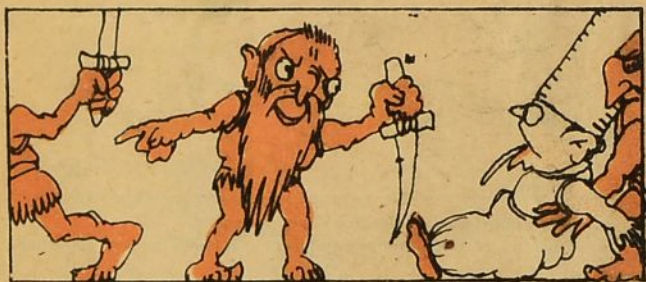
Mas, tanto pisto se dió
que al final una salvaje
del Charlot se enamoró.



No dijo que *no* al instante
por lo cual tomó la cosa
un giro muy alarmante.



Tanto fué así, que el mancebo
apenas llegó la noche
tomó las de Villadiego.



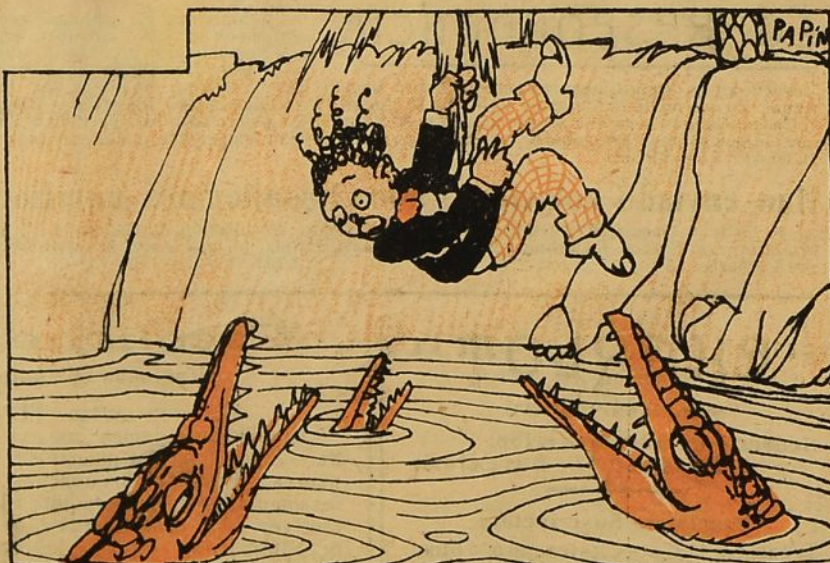
Armados hasta los dientes
persiguiéronle irritados
por su fuga los parientes.



Turbóse su corazón
cuando se dió cuenta exacta
de su triste situación.



Además, un río halló
por lo cual, pasarlo a nado
el pobre determinó.



Pero su suerte es tan fiera
que allí muriera Charlot
a no ser una palmera.

(Continuad)